

## **DOMINGO IV DE TIEMPO ORDINARIO**

**1ª lectura** (Jeremías 1, 4-5.17-19): *Antes de formarte, te escogí.*

**Salmo** (70, 1-2.3-4a.5-6ab.15ab y 17): *«Mi boca contará tu salvación, Señor»*

**2ª lectura** (1ª Corintios 12, 31-13, 13): *Ambicionad los carismas mejores.*

**Evangelio** (Lucas 4, 21-30): *Os aseguro que ningún profeta es bien mirado en su tierra.*

El inicio del ministerio de Jesús también marca el inicio de la hostilidad para con Él. Cuando la enseñanza es inquietante porque sugiere la necesidad de un cambio de vida o de acogida de los excluidos, entonces deja de ser bienvenida.

Jesús entra en la sinagoga para anunciar que el tiempo esperado se ha cumplido y lee al profeta Isaías que anuncia la llegada del que viene para dar la Buena Noticia a los que sufren (Is 61,1-2). Y Jesús dice que en su persona se ha cumplido esta Escritura. Jesús presenta su tarea en medio de la gente; entendida como el cumplimiento de las promesas hechas por Dios de enviar un Salvador para todos los hombres.

Jesús es este Salvador. Pero esto es una gran pretensión, así lo entienden sus oyentes. Quienes lo conocen se preguntan: **¿no es este el hijo de José?** *«La pregunta no se refiere a la filiación natural, sino a la semejanza con José en ideas y comportamientos: lo que dice no corresponde a la postura bien conocida de su padre. Jesús no ha salido a su padre».*

Los de Nazaret no llegaron a acoger a Jesús, porque tenían una idea utilitarista de la religión. Le exigían que hiciera algo de lo que había hecho en Cafarnaún: curar a sus enfermos, darles de comer..., sin caer en la cuenta de que estas cosas solo eran signos que les ayudaban a ir más allá; signos que nos descubren que Jesús proporciona vida, pero es vida eterna; que da de beber, pero un agua que sacia la sed de sentido; y que el que esto hace no tiene donde reclinar la cabeza.

Así, Jesús anuncia y trae consigo la utopía más grande que el pueblo puede esperar: un Reino que se manifiesta en dar vida, vida en plenitud a quienes la tienen disminuida o amenazada. Y además, vida digna, rescatada de la humillación y el desprecio, que busca cambiar la realidad presidida por el mal, para que el Reino se haga presente en el mundo.

Claro, que Jesús se siente cuestionado en sus palabras y en su modo de actuar. Por eso intentan echarlo barranco abajo, para que se deje de tonterías. No les cabe en la cabeza que su Dios *«se abaje tanto»*, que sea tan humano como ellos. Seguramente nosotros haríamos lo mismo, porque cuando Dios actúa (y siempre lo hace) nos llama al cambio, a la conversión...; y eso nos suele *“complicar”* la vida. En fin, que el cambio es algo que creemos que vale siempre para los demás y pocas veces sirve para cada uno de nosotros.

Es el destino de los profetas: *«Lucharán contra ti, pero no te podrán, porque yo estoy contigo... No les tengas miedo»* nos dice Jeremías en la primera lectura. Es un anuncio del destino que Jesús asumió con su vida terrena y su muerte dolorosa, pero que culminó con la resurrección. **¡Por cuántos momentos penosos no tuvo que pasar!** Los de Nazaret quisieron despeñarlo, los fariseos le tendieron trampas, los de Judea desconfiaron de Él y discutieron sus enseñanzas, los jefes del pueblo no pararon hasta dar con Él en el tribunal y lograr que lo crucificaran.

Todos estamos llamados a ser *«Palabra que se cumple»*, a trabajar con Jesús para que su Reino se haga realidad. Un mundo de hermanos, donde reine el bien, la verdad y la justicia. Para eso nos ha elegido Dios Padre desde siempre, desde el seno materno. Hemos sido elegidos **¡y consagrados!** para anunciar algo nuevo, para ser plaza fuerte y columna de hierro, como nos dice Jeremías.

Y llamados, también, a vivir no en el odio, sino en el amor de Dios. Ese que disculpa, que aguanta, que cree y espera sin límites. Pequeños sí, limitados y llenos de dudas, también. Pero apoyados siempre en Dios *«desde el seno materno»*, y confiados en la promesa más grande que nos puedan hacer: *«Yo estoy contigo, cada día, hasta el fin del mundo».*

Jesús es Salvador, porque nos salva de nuestros egoísmos e intereses mezquinos. Jesús es Señor, porque la muerte no tiene poder sobre Él. Jesús es hermano, porque ha conocido y compartido nuestro destino y lo quiere vincular con el suyo, que es, a pesar de las apariencias, un destino glorioso.

Día a día descubrimos que la fe reclama una confianza absoluta en Dios; la confianza que capacita para mantener la esperanza en medio de la contradicción, para hacer el bien a pesar de la persecución, para *“saber”* que no es el poder, ni el dinero, ni el placer lo que nos hace felices, sino el amor, un amor de calidad como el que Pablo propuso a los de Corinto y a todo cristiano: *«el amor es paciente, afable, no tiene envidia, no presume ni se engríe, no es mal educado ni egoísta...».*